

todas las muchachas. Lo mismo es; te felicito, querida mía, y deseo que saques provecho de tus estudios hológicos, ¡puedes creerlo! Voy á darte un beso de enhorabuena, Luísa; mas no me toques el hombro derecho: siento en él un dolor que me va de arriba abajo. Cátate que ahora — prosiguió la Sra. Gradgrind, ajustando su chal á raíz de esta afectuosa ceremonia — tendré que devanarme los sesos, de la mañana á la noche, para saber cómo llamarle á él.

— ¡Señora Gradgrind! — preguntó el marido, en tono solemne. — ¿Qué quiere V. decir?

— ¿Cómo tendré que llamarle á él, señor Gradgrind, cuando sea el esposo de Luísa? Será preciso que le dé un nombre ú otro. Es imposible — continuó la Sra. Gradgrind, con acento que denunciaba, á la vez, un sentimiento profundo de las convenciones y de su propia dignidad — que le dirija la palabra constantemente, sin darle un nombre. No puedo llamarle Josué, porque este nombre me es insoportable. Tú mismo no podrías oír pronunciar el diminutivo Joe, ya lo sabes. ¿Debo llamar *señor* á mi yerno? No, sin duda; á menos que yo entonces quede reducida, so capa de mi desvalimiento, á ver á mi familia y parientes insultarme y pisotearme. ¿Cómo tendré, pues, que llamarle?

Como ninguno de los circunstantes estaba en

disposición de socorrerla, en trance tan difícil, sugiriéndole el medio de solucionar el problema, la Sra. Gradgrind se oscureció provisionalmente, después de agregar el codicilo siguiente á las ya ejecutadas observaciones:

— En cuanto á la boda, todo lo que te pido, Luísa (y te lo pido con las palpitaciones de pecho que se extienden efectivamente hasta la planta de mis pies) que se celebre cuanto antes. No tengo ganas de que sea cosa interminable.

Cuando el Sr. Gradgrind presentó á la Sra. Bounderby, Sissy volvió repentinamente la cabeza y dirigió á Luísa una mirada llena de asombro, de conmiseración, de tristeza y de incredulidad. Luisa lo adivinaba y lo veía, sin necesidad de mirar á la chica. A partir de este instante se volvió impasible, altiva y fría; mantuvo á Sissy á distancia y cambió del todo respecto á ella.

CAPÍTULO XVI

MARIDO Y MUJER

La primera desazón del Sr. Bounderby, al enterarse de su felicidad, fué debida á la necesidad de transmitir aquella nueva á la Sra.

Sparsit. No sabía como arreglárselas para ello, y no podía formarse idea clara de las consecuencias de tal comunicación. ¿Se marcharía ella inmediatamente, con armas y bagajes, á casa de Lady Scadgers, ó bien rehusaría con obstinación abandonar su puesto? ¿Se echaría á llorar y á decir palabras fuertes? ¿Vertería las lágrimas todas de sus ojos ó le arrancaría los suyos? ¿Se dejaría destrozár el corazón, sin romper los vidrios? Esto es lo que el Sr. Bounderby no podía prever de ningún modo. No obstante, como era preciso que la cosa se llevara á cabo, convenía también decidirse á hacerlo; y después de empezar, sin éxito, algunas cartas, se determinó á efectuarlo verbalmente.

Al volver á su casa, la noche que señalara para ejecutar su importante proyecto, tuvo la precaución de ir á una farmacia y comprar un frasco de sal volátil, de fuerza poderosa.

— ¡ Por San Jorge ! — dijo el Sr. Bounderby. — Si toma el partido de indisponerse, tendré siempre la satisfacción de desollarle un poco la nariz.

Por más que hiciese el valiente, no tenía, en verdad, el aspecto de un héroe, al franquear el dintel de su casa. Presentóse ante el objeto de sus inquietudes, como un perro que no tiene tranquila la conciencia, al volver de la despensa.

— Buenas noches, señor Bounderby.

— Buenas noches, señora, buenas noches.

Acercó su silla y la Sra. Sparsit apartó la suya, como diciendo :

— Este es su sitio, cerca del fuego, Sr. Bounderby. Me congratulo en reconocerlo. Usted es quien debe ocuparlo todo, si le parece bien.

— No retroceda V. hasta el polo norte, señora — dijo el Sr. Bounderby.

— Gracias, señor — dijo la Sra. Sparsit, volviendo á acercarse al fuego, aunque un poco más próxima á su primer sitio.

El Sr. Bounderby se quedó un instante contemplándola, mientras ella recortaba, con la punta de sus tijeras rectas y afiladas, algunos círculos en un pedazo de batista, como para hacer un adorno misterioso; y esta operación, unida al aspecto de las pobladas cejas y de la nariz romana, sugería la idea de un halcón encarnizándose en los ojos de un pajarito coriáceo. Estaba absorbida de tal modo en su trabajo, que pasaron algunos minutos sin que levantara la vista de su labor. El Sr. Bounderby atrajo entonces su atención, con un movimiento de cabeza.

— Sra. Sparsit — dijo el Sr. Bounderby, metiendo las manos en el bolsillo y asegurándose, con una de ellas, de que el frasco sería

fácil de destapar. — No necesito decirle que V., no sólo es una dama bien nacida y bien educada, sino también una mujer de mucho ingenio.

— Es verdad, señor — replicó la Sra. Sparsit — puesto que no es la primera vez que me honra V. con tales expresiones.

— Sra. Sparsit — dijo el Sr. Bounderby — voy á darle una sorpresa.

— ¿De veras, señor? — repuso la Sra. Sparsit, como interrogando y con la mayor tranquilidad del mundo. Llevaba mitones, y los alisó, dejando la labor á un lado.

— Voy, señora — dijo Bounderby — ...voy á casarme con la hija de Tom Gradgrind.

— ¿De veras, señor? — respondió la Sra. Sparsit, con acento suave. — ¡Que sea V. feliz, señor Bounderby! ¡Oh, sí, deseo que sea V. muy dichoso!

Pronunció estas últimas palabras con entonación que denotaba tanta condescendencia y tanta piedad para su patrono, que Bounderby, mucho más desconcertado que si hubiera lanzado la cajita de labor contra el espejo y hubiese caído desmayada en la alfombra, tapó herméticamente el frasco de sal volátil, que tenía escondido en el bolsillo, diciéndose: « ¡Diantre de mujer! ¿Quién hubiera jamás creído que tomase la cosa con dulzura? »

— Le deseo de todo corazón, señor — dijo la Sra. Sparsit, con aire distinguido (pues en aquel momento asumía la expresión de una mujer con derecho á apiadarse de la suerte del Sr. Bounderby) — que sea V. dichoso en todos los conceptos.

— Gracias, señora — replicó el Sr. Bounderby, con cierto descontento en la voz, que había bajado de tono, á pesar suyo. — Le estoy muy agradecido. Confío serlo.

— ¿De veras, señor? — dijo la Sra. Sparsit, muy afablemente. — Pero ello es muy natural, muy sencillo.

Al llegar á este punto, el Sr. Bounderby hizo una pausa torpe y muy embarazosa. La Sra. Sparsit reanudó su tarea, dejando sentir, á intervalos, una tos ligera, como de mujer que tiene conciencia de su fuerza y de su magnanimidad.

— Por lo dicho, señora — repuso Bounderby — no juzgo conveniente que una dama como V. tenga que permanecer aquí, á pesar del deseo que uno abrigue de conservarla.

— ¡Oh! no, señor ¡Dios mío! No hay que pensar en ello.

La Sra. Sparsit movió la cabeza, siempre con su aire muy distinguido, variando algo su ligera tos. Ahora ésta era la de una mujer que siente el

don profético y que se resiste, como la pitonisa, al soplo del espíritu, persuadida de que vale más sofocarlo tosiendo.

— No obstante, señora — dijo Bounderby — tengo habitaciones en mi casa de banca, en que la presencia de una dama bien nacida y bien educada, que se aposentase allí con carácter de guardesa, sería considerada como una buena fortuna. Si el mismo gaje...

— Dispense, señor; pero me ha ofrecido V. emplear siempre la frase *gratificación anual*.

— Sea, señora, gratificación anual. Si le parece aceptable allí la misma gratificación anual, no hallo, de mi parte, ningún motivo para que nos separemos.

— Señor — respondió la Sra. Sparsit — este ofrecimiento es digno de V., y si la posición que deba yo ocupar en la casa de banca no me obliga á descender en la esfera social...

— No, sin duda. De otro modo, señora, ¿cree que lo hubiera yo propuesto á una dama de mundo, como V.? No es que yo me preocupe del mundo, como sabe. Pero V. es distinta de las demás.

— Señor Bounderby, me llena V. de consideración.

— Tendrá V. allí su habitación particular, su fuego, su vela, y dispondrá V. de su cama-

ra para servirla y del ordenanza para protegerla. Estará V. á sus anchas, si he de decirlo así.

— Señor — respondió la Sra. Sparsit — ni una palabra más. Al despojarme del honroso cargo que ocupó aquí, no podré huir de la triste necesidad de comer el pan de la dependencia — (hubiera podido decir la molleja de ternera (1) de la dependencia, toda vez que este plato, sazonado con buena salsa roja, constituía su cena predilecta) — y prefiero recibirlo de V. que de otra persona. Señor, acepto su oferta con agradecimiento por todas sus bondades. Y deseo, señor — añadió la Sra. Sparsit, con marcado acento de piedad — deseo vivamente que halle V. en la Srta. Gradgrind la mujer que anhela y merece.

Nada pudo decidir, en lo sucesivo, á que la Sra. Sparsit abandonase el papel de piedad benévola que se había adjudicado. En vano se exaltó el Sr. Bounderby, reivindicando sus derechos de hombre feliz, con explosiones de dicha matrimonial: la Sra. Sparsit estaba resuelta á mirarle como una víctima y á compadecerle. Estuvo muy cortés, atenta, alegre

(1) Juego de palabras: *sweet-bread*, molleja de ternera; literalmente: *pan dulce*.

y sonriente; pero cuanto más se mostraba así, más tenía él aire de víctima sacrificada. Parecía ella apiadarse de tal modo de la desdichada suerte de su patrón, que el semblante coloradote del fabricante se cubría de un sudor frío, siempre que ella le miraba.

Se convino, sin embargo, en que el matrimonio se celebraría al cabo de dos meses, y el Sr. Bounderby iba todas las noches á Pedro-Loge, en calidad de pretendiente oficial; y el amor se hacía, cada vez, en forma de brazaletes y de joyas. Cuando llegaron los esponsales, el amor tomó un aspecto más y más manufacturero. Se fabricaron vestidos, se fabricaron dijes, se fabricaron pasteles y guantes, se fabricó un contrato de matrimonio, con abundante acompañamiento de hechos adecuados á las circunstancias. Todo el asunto constituyó un *hecho*, de un extremo á otro. Las horas se guardaron bien de producir una de esas gradaciones de color de rosa que la imbecilidad de los poetas acostumbra á suscitar en tal caso; el péndulo no fué ni más aprisa ni más despacio que de ordinario. El reloj lúgubre y estadístico del observatorio Gradgrind continuó sacrificando cada segundo, en el instante mismo en que nacia, enterrándolo seguidamente con la habitual exactitud.

Llegó, pues, el día señalado, como llegan todos los días, para los que no más escuchan la voz de la razón; y entonces se unieron en la iglesia de pilares de madera esculpida (género de arquitectura particular) Josué Bounderby de Cokeville con Luisa, hija primogénita de Tomás Gradgrind, de Pedro-Loge, miembro del parlamento por la nombrada ciudad. Y, unidos por los sagrados lazos del himeneo, fueron á almorzar al ya citado Pedro-Loge.

El feliz acontecimiento había congregado allí á una sociedad selecta, cada miembro de la cual sabía la procedencia de todo lo que se comía y bebía, y como ello se exportaba é importaba, y en qué cantidad, y si en buques ingleses ó extranjeros; nada les pasaba por alto. Las damas de honor, incluso la pequeña Juana Gradgrind, eran dignas de ser, bajo el punto de vista intelectual, compañeras del célebre niño calculador; ninguno de los comensales era sospechoso de pensar en ninguna cuchuffeta sentimental.

Después del almuerzo, el novio dirigió la palabra en estos términos :

— Señoras y caballeros, soy Josué Bounderby, de Cokeville. Ya que nos han hecho Vds., á mi esposa y á mí, el honor de beber á

nuestra salud y de expresar sus votos por nuestra dicha, supongo que debo darles las gracias; y, sin embargo, como todos Vds. me conocen y saben quien soy, no deben de esperar un discurso de un hombre que, en viendo un poste, dice: Hé ahí un poste, y cuando vé una bomba, expresa: Hé ahí una bomba; pero nadie le obligará nunca á decir que un poste sea una bomba y que una bomba sea un poste, ni menos aún que el uno ó el otro sea un monda-dientes. Si desean Vds. oír esta mañana un discurso, mi amigo y suegro, Tom Gradgrind, es miembro del parlamento: diríjase á él, que yo no soy hombre á propósito. Me permito esperar, sin embargo, que se me dispensará por el orgullo de mi independencia, si echo una ojeada al rededor de esa mesa y recuerdo cuán poco pensaba yo en casarme con la hija del Sr. Gradgrind, en aquel tiempo en que era un vagabundo haraposo, é iba por las calles sin lavarme jamás la cara, á menos que encontrase una bomba y aún, todo lo más, cada quince días. Me complazco en creer, pues, que les agradará este sentimiento de independencia; si no les gusta, nada puedo hacer con ello. Me siento independiente. Ahora, me decía yo, como decían Vds., al brindar por nuestra salud, soy el marido de la hija de Tom Grad-

grind. Me congratulo en serlo. Hace tiempo que lo deseaba. He visto como ha sido educada, y creo que es digna de mí. Por otra parte, y á fin de no engañarles, creo que soy digno de ella. Les agradezco, pues, en su nombre y en el mío, los votos que acaban de expresar: el mejor deseo que puedo emitir para la gente soltera aquí reunida es el siguiente: que todos los mozos puedan encontrar una esposa tan buena como la mía, y las muchachas un marido que se me parezca.

Al poco rato de este discurso, como los novios salían para un corto viaje hacia Lyon (el Sr. Bounderby quería aprovechar la ocasión de ver como los Brazos se portaban allí, y si los obreros de esta ciudad también querían comer con cuchara de oro) la feliz pareja se dispuso á tomar el ferrocarril. La novia, al bajar la escalera, en tocado de viaje, halló que su hermano Tom la aguardaba, hondamente conmovido, quizá por sus sentimientos fraternales, quizá también por el vino del almuerzo.

— ¡Que guapa estás! Eres una hermana de rechupete, Lu. — le dijo Tom al oído.

Ella le abrazó, como hubiera deseado aquel día abrazar una naturaleza más tierna, y por vez primera quebrantóse sa reserva fría.

— ¡El viejo Bounderby está ya dispuesto!

— dijo Tom. — No hay que perder tiempo. Te aguardaré en el andén, cuando regreses. ¿Verdad, querida Lu, que esto es sorprendente?

CAPÍTULO XVII

EFEECTO EN EL BANCO

El día de San Juan hizo una hermosa mañana, brillando el sol con todo su esplendor. Esto sucedía de vez en cuando, hasta en Cokeville.

Contemplada á cierta distancia, con aquel tiempo, se veía Cokeville envuelta por un halo de niebla humeante, que le era propia y que parecía impermeable á los rayos del sol. Se adivinaba que la ciudad se encontraba allí, pues que solo la presencia de una población, como era sabido, podía explicar aquel topo que afeaba el paisaje. Un vapor de hollín y de humo, dirigiéndose confusamente, ya de un lado, ya de otro, parecía unas veces querer remontarse al firmamento, otras se arrastraba de un modo tenebroso por el suelo, según si el viento caía, se elevaba ó cambiaba de dirección: una mezcla confusa, informe y densa, con algunos girones iluminados, que sólo daban luz

á masas de oscuridad. Cokeville se anunciaba á distancia por lo que era, antes que pudiera columbrarse uno solo de sus ladrillos.

Lo más sorprendente era que la ciudad estuviese aún allí. Había sido arruinada tan á menudo, que su resistencia á tantas sacudidas era maravillosa. Ciertamente que no se ha visto nunca barro de porcelana más frágil que el que los fabricantes de Cokeville habían amasado. Por más que se modelara con precaución, ponían tal gusto en hacerse añicos, que no podía uno librarse de suponer que estaba rajado desde mucho tiempo. Se les había arruinado, según decían, al obligárseles á llevar á la escuela á los niños de las fábricas; se les arruinó al nombrarse inspectores para el examen de sus talleres, cuando aquéllos, mal aleccionados, expresaron la duda escrupulosa de que los hiladores tuviesen derecho de magullar á la gente en sus máquinas; estaban perdidos, sin remisión, cuando se permitieron insinuarles que, en ciertas ocasiones, podían hacer menos humo. Además de la cuchara de oro del Sr. Bunderby, que era aceptada generalmente en Cokeville, existía otra ficción bastante extendida entre los fabricantes. Se ofrecía bajo forma de amenaza. No bien un cokeburgués se sentía ultrajado, es decir, cuando no se le dejaba